

XVIII

Maravillado me dejó la presencia de *Mariclio*, pues aunque bien conocía yo sus naturales tendencias á la ubicuidad, no esperaba verla en aquel lugar de Vasconia, donde nada ocurría digno de los borceguíes ni aun de las sandalias de mi ilustre amiga. Hice propósito de visitarla en su posada, en cuanto tuviera un rato disponible. Viéndola escurrirse entre el gentío saliente, acompañada de otra mujer que acaso sería su posadera, pensé que mi discurso debió de causarle gran regocijo, y de ello me alabé, pues yo también de dientes adentro me reía de mí mismo, y celebraba el gracejo y socarronería con que supe tomar el pelo á los inocentes y fanáticos durangueses. Ni en aquella tarde ni en todo el día siguiente pude ver á *Mariclio*, porque en mi casa menudeaban las visitas. Tras de las visitas venían invitaciones á comer, y hasta de las monjas de Santa Susana y Santa Clara llegaron recaditos tiernos, con la coletilla de que me verían con gusto en el locutorio.

Héme aquí de visiteo todo el santo día, sin olvidar á las monjitas, y menos á mi predilecta, la que di en llamar *señora gorda*, y ahora designo por su verdadero nombre, doña Josefa Izco de Larrea. Ya comprenderá el latino lector que, encontrándola sola en mi

primera visita, juzgué oportuno aprovechar la buena coyuntura para colocar, entre los tópicos vacíos de un vago parloteo, una pérfida declaración de amor. Díjele que por las singulares circunstancias de mi vida y por la exaltación á que había llegado, mi espíritu necesitaba un amor puro, un amor místico, y que en ella veía el único sér capaz, por su exquisita idealidad, de acoger aquel amor... enteramente angélico, sin el menor atisbo ni vislumbre de melindre sensual. Poniéndose colorada y haciendo con su boca linda unos repliegues muy monos, contestó que siendo el amor rematadamente puro, *en toda la extensión de la palabra*, afecto espiritual, sutilísimo y sonrosado, no tendría inconveniente en... Al siguiente día, después de acompañarla á misa, le conté, como yo sabía hacerlo, la vida de Santa Cecilia y San Valeriano, que fueron novios y tuvieron el gusto de ser martirizados antes de casarse. Oíame Josefa Izco con arrobamiento, y encomiaba la castidad como la virtud preeminente para ganar el cielo. Yo decía para mí sayo: «Déjate estar. Ya hablaremos de eso dentro de ocho ó diez días.»

La primera vez que pude hacer un hueco en mis ocupaciones para visitar á *Mariclio*, tuve la desdicha de no encontrarla en su casa. Díjome la posadera que había ido á Elorrio, y que ignoraba cuándo volvería. ¿Qué pasa en Elorrio? A mi pregunta me contesta la buena mujer: «No sé, señor. Sólo sé que allí está el General Serrano, alojado

en la casa de los señores de Urquizu... Dos hermanos muy principales. El uno fué á la facción, el otro está con Serrano. Andan sobre esto muchos decires... Parece que allá van los señores de la Diputación de Vizcaya, ó que Serrano y Urquizu irán á ponerse *so el árbol de Guernica* para tratar paces duraderas con don Carlos. No sé si *doña Mariana* es amiga del Serrano; pero allí está, viendo lo que guisan. Es señora muy leída, que todo lo quiere saber, y no hay olla en que no meta sus narices...»

En tanto que esto ocurría, el éxito y fama de mi discurso, *Proclamación de la República Hispano-Pontificia*, repercutían lejos ó cerca de mí con diferentes efectos. Por una parte, mi padre recibía de Madrid la noticia de que la conferencia, reproducida por la prensa neo-católica, había levantado polvareda de alegría y entusiasmo. Gabino Tejado, Carulla, Carbonero y Sol y otras encumbradas figuras del ultramontanismo, me ponían sobre su cabeza. Se decía en Madrid que en la Curia Romana era ya conocido el discurso, y que el propio Pontífice, oído el dictamen de la *Propaganda Fidæ*, lo consideró como documento digno de ser comunicado á todo el mundo católico. Esto me aseguró mi buen padre, babeándose de emoción; mas como no me mostrara las epístolas en que tan lisonjeras cosas se le comunicaban, pensé que algún ángel se lo había contado en sueños.

Por otra parte, llegaron á mí referencias totalmente desfavorables á mi persona y dis-

curso. Mi amiga mística Josefa Izco, cuando ya sus tiernas afecciones iban derivando por suave pendiente hacia la impureza, me informó con íntimo secreteo, de que dos curárganos aviesos, el uno coadjutor en Santa Maria, capellán el otro de las Claras, tramaban atroz conjura contra mí. Andaban diciendo que informados de mi persona y antecedentes por sujetos llegados de Madrid, sabían que yo era un pícaro redomado, un zascandil de la literatura y el periodismo, federal de abolengo, masón y revolucionario callejero, y que mi famosa perorata fué una bur-la infame de la honrada inocencia de los durangueses. Creía Pepita Izco que los tales clérigos procedían así movidos de la envidia y del reconcomio de su barbarie, y que yo sufría la injusta persecución que siempre recae sobre el verdadero mérito. Pero me prevenía contra la maldad de mis enemigos, que ya se preparaban para vilipendiarme públicamente. El uno se proponía desenmascaramme desde el púlpito, contando mi vida de disipación y escándalo, y mis propagandas demagógicas y ateas. El otro andaba ya en tratos con una pandilla de mozos de brío, que me obsequiarían con una somanta, toreándome por las calles y arrojándome del pueblo.

Ambas versiones archivé en mi mente para resolver, á su debido tiempo, el partido que debía tomar. Pepa Izco no me engañaba; los optimismos de mi padre me inspiraban confianza poca, y no era santo de mi devo-

ción el ángel que le traía los cuentos de Roma. Prevenido para lo que pudiera ocurrir, volví á la morada de *Mariclio*, que por dicha mía llegó de Elorrio horas antes de pasar por Durango el Duque de la Torre, con su séquito militar y civil en dirección á Zor-noza. Di cuenta á la *Madre Mariana* de mis inquietudes, y me dijo que según sus noticias no tendría yo más remedio que salir por pies, antes que se descubriera la superchería picaresca del sermón con que embobé á los durangueses. Había sido yo un diablo metido á predicador y profeta, y aunque lo hice con donaire sutilísimo, tendría que pagar con el pellejo mi descocado atrevimiento... A estas severas razones añadió después otras más blandas que me infundieron cierta tranquilidad: «Hazte el desentendido de esos rumores contra ti, y esta tarde y mañana irás con tu padre á Santa María, y con Choribiqueta darás tu acostumbrado paseo. Yo me encargo de sacarte de esta rinconada en que te has metido. ¿Cómo? Por de pronto antes de media noche recibirá tu padre un telegrama del encargado de la Nunciatura en Madrid, diciéndole que el Papa desea y pide que vayas sin pérdida de tiempo á Roma...

—¡Yo...; á Roma yo!

—No te alborotes, hijo. Tú has hecho la historia jocosa, la profecía burlesca. ¿Qué otra cosa es tu *República Hispano-Pontificia* más que un divertido sainete? Pues yo, en estos días de horroroso tedio, endulzo mis amarguras dándome un paseito por el campo

de la *Historia burlesca*, de la *Historia chismográfica*, de la *Historia juguete*... De varios modos nombro estos vagos esparcimientos de mi triste vida. ¿No lo entiendes, tontín? Pues vete á tu casa, y *espera los acontecimientos*. Aunque éstos sean acontecimientos de puro recreo infantil para pasar el rato, no quedarás mal servido, querido Tito, predilecto de las Musas bufonescas... Yo me iré esta noche en persecución de mi Duque de la Torre. Deseo saber si hace algo que me obligue á cambiar estas rústicas alpargatas por el alto y dorado coturno. Luego volveré aquí, donde espero verte, y me contarás si te han dado la solfa y carrera en pelo que te corresponde por haberte metido á intérprete del Espíritu Santo.

Obediente á su mandato, me retiré *pian piano* á mi casa, y esperé tranquilo los pícaros acontecimientos. A la hora de la siesta, llegó el telegrama en que el secretario de Estado de Pío IX..., no reírse..., comunicaba..., no sé cómo decirlo para que mis lectores no me tengan por loco... En fin, que piensen lo que quieran... Los visajes que hacía mi padre al fijar sus ojos en el telegrama, la cara que puso leyéndomelo, después de haberse enterado él detenidamente, no caen dentro del dominio de la literatura descriptiva... Yo, al menos, no encuentro palabras para expresar el trémulo acento, la..., la... transfiguración, el éxtasis final de mi buen viejo en tan sublime instante. Y para complemento de la función, llegó una hora más tarde el rector

de Santa María con otro telegrama notificándole que la *Propaganda Fide* quería que yo explanase mi tesis ante ella...; vamos, que Roma me llamaba, Roma me reclamaba, no sé si pará ponerme en un altar, ó para quemarme vivo.

Corrí á llevar la noticia á Pepita Izco, que no se resolvió á creerlo, y aun indicó la idea de que en ello andaban los demonios. De vuelta á mi casa, recibí el tercer telegrama. Era del encargado de los negocios puramente eclesiásticos de la Nunciatura, diciéndome que á mi disposición tenía los fondos necesarios para mi viaje... ¿Creéis que era broma?...; y añadía que no perdiese el tiempo, pues el 25 salía vapor de Marsella para Civitta-Vecchia, y si me descuidaba no tendría vapor hasta el 31... Aquella noche nadie durmió en casa. Todos parecían locos. Zubiri, mi padre, mi hermana, se reunían en consejo de familia, y se separaban sin decidir cosa alguna. Trigidia, un tanto recelosa de la procedencia de los telegramas, inclinábase á suponerlos, como Pepita Izco, invención del mismo Infierno.

Lo primero que me dijo mi buen padre á la mañana siguiente, cuando tomaba su chocolate, fué que antes de partir para la *capital del Orbe Católico*, debía dejar concertadas solemnemente mis nupcias con Facunda, dando cuenta de ello al Sumo Pontífice en la primera entrevista que con él celebrara, para que nos concediese su santa bendición, regalo de boda el más preciado que la chica de

Iturrigalde podía ambicionar. Con todo me mostré conforme. Trató luego de la necesaria provisión de dinero, y haciendo un gran esfuerzo y torciendo la boca como si algo le doliera, sacó un envoltorio de papel con cuatro monedas de cinco duros, que me enseñó diciéndome: «Esto para el viaje á Madrid, que harás en primera, para que en primera te vea el Nuncio, Pro-nuncio, ó lo que sea, si baja á la estación á recibirte... Ya sabes que tienes viaje pagado desde Madrid á la *capital del Orbe Católico*. Te recomiendo, hijo del alma, que no te detengas en la Villa y Corte más que el tiempo preciso para visitar al señor Pro-nuncio. Huye de los amigos malos y de toda la pestilencia de aquel pueblo corrupto.»

Por la noche me dió las monedas de oro con tanta solemnidad como si pusiera en mis manos hostias consagradas. Y al siguiente día me asaltaron los padres de Facunda con arrumacos y zalamerías, amenazándome con su enojo si volvía de Roma sin traer para su hija el espléndido regalo de la bendición papal. En tanto la mozarrona corpulenta me perseguía, como camella desmandada, por las calles y callejas del pueblo, llamándome á su lado, pidiéndome conversación de amores cual si me necesitara para inmediatas expansiones afectivas. También me acosaba mi padre, dándome prisa para emprender mi viaje; no se me escapara el vapor de Civitta Vecchia.

Estaba yo en ascuas, pues Pepita Izco me

dió noticias alarmantes de los dos clerizontes que trataban de lanzar contra mí la brutal plebe, armada de estacas. Indicios de esta ignominia observé al pasar por algunas calles. Frente á la botica de Anabitarte vi un grupo que á mi paso profirió voces chancearas acompañadas de siseos y carcajadas, y de la lonja de Basterrechea salieron chiquillos desvergonzados que me arrojaron hojas de berza y algunas peladillas... En previsión de un escandaloso conflicto, mi primer cuidado fué correr en busca de mi protectora la *Madre Mariana*, y tuve la suerte de verla entrar en su posada á poco de estar yo allí. Sabedora ya de mis afares, y tomándolos á broma, me dijo sonriente: «¿Qué le pasa al ingenioso Tito?... ¿Quieres quedarte en esta feliz Arcadia?»

—No, Madre. Por todo el oro del mundo no estaría un día más en la metrópoli de mi República Pontificia. Se la entrego al Papa y á sus negros lugartenientes... El problema es salir de aquí sin la cabeza rota. Ampáreme usted, y si como parece abandona estos lugares beatíficos, lléveme en su compañía y séquito, en calidad de secretario, maletero, paje ó como le plazca.»

Sin otra forma de expresión que una sonrisa tranquilizadora cogíome de la mano y me llevó á su habitación, que era baja, obscura. Al entrar en ella, encandilado por la luz solar, no pude distinguir si los informes bultos que allí se parecían eran muebles, baúles ó personas. *Doña Mariana* me arrojó,

con empujón leve, en un asiento que no supe si era sillón ó sofá. Inciertas blanduras de muelles rotos y de pelotes gastados me lastimaban las carnes. La señora me habló de viajar en coche y en trenes, y cuando de mí se alejaba la reconocía tan sólo por la voz, pues su figura se perdía en las tinieblas de aquel antro. Me consolaba la idea de que *doña Mariana* me llevaría consigo, y mi única contrariedad era el tener que partir sin ropa, pues ni á tiros volvería yo á casa de mi hermana para recoger mi equipaje...

Pensando en esto, mis oídos, más que mis ojos, se sintieron como sumergidos en una atmósfera de somnolencia, jugando con la ilusión y la realidad. En el charloteo murmurante de *doña Mariana* con personas no vistas, se destacó un acento que me sonaba como la propia voz de Graziella, mi hechicera y amiga en las noches febriles de la gruta de marras. El dejo italiano de la invisible parlante y su gracia voluble delataban á la ninfa; mas yo nada veía; la luz era escasa, temblorosa. Creyérase que la producían llamas moribundas de candiles colocados en el suelo de la estancia. Esta era de tal configuración, que desde mi asiento yo no distinguía su término.

De improviso, vi á la *Madre Mariana* junto á mí, no puedo decir si sentada ó en pie. Su voz sonaba quejumbrosa, diciéndome lo que, por ser de ella, intento copiar *ad pedem litteræ*...

«Me vuelvo á los Madriles, porque ya he

visto lo que dan de sí los últimos acontecimientos de Navarra, y el fracasado intento de guerra civil. Bien poca cosa es lo que puedo aprovechar de esta ráfaga histórica, que pudo ser incendio, y no es más que fogata ó llamarada efímera. En un palacio de Amorevieta (*Dos Amores*), he dejado á Serrano, que ayer trataba de paces con los diputados de este Señorío. Con él hablé, y sus pensamientos y los míos han coincidido en la necesidad nacional de poner cerrojos, candados y barrotes al templo de Jano... En los medios para lograr tal ventura no estamos acordes. Serrano, ya lo sabes, es un león en los campos de batalla; pero en los descansos de la guerra, toda la hiel se le endulza, y en su inocente optimismo cree que con tratos y avenencias amistosas puede desarmar á sus encolerizados enemigos. Yo le dije que sólo con la guerra cruda y eficaz se puede obtener el beneficio de paces duraderas. No le convencí, y allí estuvo parlamentando con los primates vizcaínos, y entre unos y otros dejaron escritas unas que llaman *bases*, y que son montoncitos de arena movediza sobre los cuales nunca podremos asentar un sólido edificio.»

Yo quise decir algo; pero las ideas que de mi cerebro bajaron á mis labios helados, murieron en ellos sin producir el más leve sonido. *Doña Mariana* prosiguió así:

«Estaba el Duque en lo cierto diciendo á los carlistas, por conducto de Urquizu, que en guerra formal jamás vencerían. ¿A qué

sostener una campaña, que no tendría más consecuencias que convertir el risueño país vasco en campo de ruinas y desolación? Algunos cabecillas, como Iriarte y Valdespina, no se daban á partido; otros firmaron en Mondragón un acta en que autorizaban á Urquizu para tratar de paces con Serrano.» De la boca de la *Madre Mariana* salieron con limpia dicción nombres de esos que se resisten á permanecer en la memoria del oyente: *Garibi, Cengotita, Arguinzonis*... Entendí que los dos primeros eran apellidos de cabecillas, el otro de un diputado del Señorío de Vizcaya... Luego pronunció otros nombres, que yo con atención muy afilada intenté clavar en mi memoria. Pero entraban en ella y al instante salían á perderse en el ambiente ahumado y tenebroso de aquella estancia de aplastado techo y largura de túnel.

Turbado yo y soñoliento, pude formular en mi magín este razonable juicio: «El suceso que la puntual *Mariclio* trata de referirme es de aquellos que se desvanecen en la Historia, y á los treinta ó más años de acaecidos, no hay memoria que los retenga, ni curiosidad que en ellos quiera cebarse. El humo y la penumbra borran todo hecho que no tuvo eficacia, y de él sólo queda un epígrafe, la etiqueta de un frasco vacío.» Yo vi el letrero: *Convenio de Amorevieta*, y ante él la *Madre Mariana* y su humilde interlocutor bostezábamos.

Pronunció luego la señora nombres vascos, que al salir de la clásica boca cruzaban

el aire con ruidillo comparable al del diamante que raya el cristal... *Arguinzonis, Urquizu, Urúe*. Eran éstos los individuos con quienes Serrano hizo tratos para dar la paz á la noble Vizcaya. ¿Qué convinieron? Indulto general á todos los insurrectos carlistas que se presentaran con armas, dándoles todo género de garantías para su seguridad... Los que vinieran de Francia podían quedarse en sus hogares sin ser molestados... Los generales, jefes y oficiales procedentes del Ejército, que se hubiesen alzado en armas por la causa carlista, podrían ingresar en el Ejército con los mismos empleos que tuvieron antes de su desertión. La Diputación de Vizcaya se reuniría con arreglo á fuero, á la sombra venerable del *Guernicaco arbola*, para determinar la forma y manera del pago de los gastos de la guerra... La cuestión foral se trató vagamente en una carta del Duque, ofreciendo que todo se arreglaría de común acuerdo, mirando á la paz duradera...

¿Qué resultó de esto? Nada. Vinieron días de una paz artificiosa. Fué remisión de la fiebre carlista, cuyo germen permanecía latente en la sangre vasco-navarra, prolongando el descanso para resurgir con más fuerza. El tiempo no quiso hacer nido entre los papeles del *Trato de Amorevieta*, y la guerra dormida, ó tan sólo amodorrada, despertó y se puso en pie en los comienzos del año que venía... De esto nada puedo decir, y sigo mi cuento refiriendo sensaciones personales que no carecen de miga histórica.

Cuando menos lo pensaba, sirviéronnos comida frugal. Yo vi á la *Madre Mariana* sentada frente á mí, con la separación de una mesilla en que aparecían diferentes platos y viandas del género pobre y barato. Servían mujeres, de las que yo no veía más que las manos y antebrazos. Eran dos, pues yo distinguía tres manos, á veces cuatro; pero de esta cifra no pasaban. Sus voces sonaron como un murmullo, vago silabeo mezclado de inflexiones de jácara. «Que me maten, pensaba yo, si esta voz y estas manos no son las de la ninfa hechicera.» Confirmaron tal sospecha el olor y el gusto del vinillo blanco, en quien reconocí la poción somnífera que me dieron en la gruta señalada en mis recuerdos con la sencilla marca del *número 16*... Me dormí, mas no tan profundamente que dejara de advertir la partida, el arrastrar de baúles, la cháchara de las viajeras, que en vilo me llevaron á un coche, y en él me acomodaron como un bulto más. Rodó el vehículo con estruendo;... rodó con él el tiempo descuidado, sin señalar las horas; rodó la noche vaga, en cuyo seno las horas se dormían también olvidadas de sus minutos... y uno de éstos despertó de súbito y me dijo: «Excelso Tito, estás en Vitoria.»

XIX

Y yo dije al minuto: «Tu hora ¿cuál es?» Y no el minuto sino *doña Mariana* me contestó: «Déjate llevar, bobito. Del coche pasamos al tren.» Me miré, me consideré, me vi como un niño chiquitín, que no podía valerse. Sentí hambre. Pensé que me alimentarían con hiberón. Manos blandas me cogieron arropándome. Mis manecitas tocaron un abultado seno, y balbuciendo dije: «Verdad que eres Graziella?...» Y una mano menos blanda me azotó en los cuartos traseros, y oí dulces palabras: «A callar, á dormir... rro...» Por el traqueteo rítmico que venía de abajo, conocí que no íbamos en coche sino en el tren. Yo dormitaba, y mi vago soñar, reproduciendo cosas pretéritas, era cortado á trechos por el canticio melancólico que marcaba las estaciones y los puntos de parada. Los sueños que elaboraba mi cerebro eran pasajes de intensa zozobra, con opresión cardíaca y temor de inminente peligro. Mi primera zozobra fué si alcanzaría ó no el vapor para Civitta Vecchia... Que no lo alcanzaba; que salía momentos antes de llegar yo... Allá va el vapor sin mí; allá va... Y en esto sonaba el triste canto: ¡*Pancorbo, un minuto!*

Pensé yo que un minuto no me daba tiempo para embarcarme en otro vapor... El *traca*

traca del tren siguió arrullándome, y en mi cerebro aparecía nueva inquietud opresora. En mi discurso de Durango, se me había olvidado una parte importantísima. A muchos de mis oyentes repugnaba la palabra República, aun retocada y ennoblecida con los perifollos de *Católica* y *Pontificia*. «No, queridas hermanas; no, hermanos del alma, no os alborotéis por la fealdad de una palabra, similar de todo escándalo y del delirio de la sanguinaria plebe... Callad, escuchadme: os sobra razón, y en armonía con vuestros sentimientos doy á los gloriosos Estados el nombre de *Imperio de Cristo, Imperio Hispano-Pontificio*... ¿Os satisface? ¡Viva nuestro Emperador y Rey Pío I, quiero decir *Nono*, que el número no hace al caso!» En esto la divina voz melancólica clamaba en el silencio frío de la noche: ¡*Quintanapalla, un minuto!*

El espantoso ruido del tren pataleando sobre las placas giratorias al entrar en una estación grande, me hizo saltar en el regazo de la incógnita hembra que me agasajaba. Pregunté dónde estábamos, y oí que habíamos llegado á Burgos. No me tranquilicé con la idea y el honor de estar en la ilustre *Caput Castellæ*, y seguí con mis ansias y zozobras al compás del fogoso vehículo que me llevaba traqueteando á lo largo de las Españas. Vi que contra mí venían los bárbaros jayanes hostigados por dos curas impíos y soeces, deshonor de su clase. La bestial plebe me apaleó; arrastrado fui por el suelo y lanzado á un campo de hortigas... Recogíame

con dulce piedad Pepita Izco; me lavaba las heridas, me bizmaba con delicadas manos; con el bálsamo de sus caricias me restauraba el cuerpo y el alma, y llevándome á su casa en brazos de las fornidas doncellas que la servían, en su propio lecho blando y anchuroso me acostaba, ¡ay!, á punto que el cantor triste del tiempo y de la noche decía, estirando la voz: «¡Torquemada, un minuto!» Oyéndolo, pensaba yo que Torquemada, con sus horribidas hogueras y sus crueles suplicios, era más humano que la bestial plebe duranguesa...

Pasado este angustioso trance, volví á la primera zozobra: ¿Alcanzaría el vapor para Civitta Vecchia? No lo alcanzaria, por no llevar el tren la vertiginosa marcha necesaria para llegar á Marsella en corto tiempo. Cuando creí que el cantor nocturno clamara *Marsella, parada y fonda*, gritó: *Venta de Baños, cambio de tren para Santander...* Pensé que siendo Santander puerto de mar, allí encontraríamos vapor para Italia... Pero no iba nuestro tren en aquella dirección que me sacaría de mis apuros. Oí cantar *Dueñas*, luego *Valladolid*; después *Arévalo*, *Sanchidrián...* Cuando pasamos de la patria de Santa Teresa, la *Madre Mariana* me tomó en sus brazos y me zarandeó gozosa diciéndome: «Titín, chiquitín, arroja de tu mente todas las ideas, todas las impresiones, recuerdos de aquella *Carquilandia* que ha sido para ti un destierro, en algún modo tedioso y mortificante. Pero no creas que allí has perdido el

tiempo, no; en aquella tierra de hombres inocentes y bravos has aprendido más de lo que pensabas. Mucho vale, hijo mío, el aprendizaje de cosas y personas que allá tuviste; mucho vale el dato de Vasconia, documento vivido por ti, para que lo agregues á los estudios que han de darte el total conocimiento de la vida hispana.»

Con filial mirada y breves voces accedí á cuanto la cariñosa *Mariana* me decía. En aquel punto me sentí tan extremadamente chiquitín, que al colocarme ella al amparo de su brazo derecho, pude medirme fácilmente, pude ver y comprobar que yo no era más largo que su brazo, desde el sobaco á la punta de sus dedos. Yo menguaba, yo había disminuído considerablemente de talla, y así debía creerlo mientras no se me demostrara que ella crecido había hasta un tamaño doble ó triple del que tenemos por natural.

Al otro lado del vagón, dos mujeres arrebuajadas y encogidas dormían profundamente. Con el tapujo de sus pañolones no se les veía el rostro. En los dos montones de arropadas carnes, inmovilizadas por el descanso, descollaban las ancas poderosas. Esto vi á la incierta luz de la lámpara cenital cubierta de un trapo verde. *Doña Mariana* no dormía. Sentada estaba en el rincón junto á la portezuela, teniéndome agasajadito en el espacio, grandísimo á mis ojos, entre su brazo derecho y el costado correspondiente. Blanduras tibias rodeaban mi mezquino cuerpo en aquel nicho sagrado.

De él me sacó la Diosa cuando habíamos traspasado el caballete del Puerto, y poniéndome sentadito sobre su muslo izquierdo, me dijo: «Pronto veremos la claridad del alba. El día nos saluda siempre en este paso de la Vieja á la Nueva Castilla. Y pues estamos, como quien dice, á las puertas de esa Villa, cueva ó nidial de todas las alimañas que intervienen en la vida pública, aquí recobro la plenitud de mis funciones, y uno de mis primeros actos será tomarte á mi servicio, utilizando tu agudo ingenio y la sutileza con que te cueles allí donde algo se guisa que pueda interesarme. Tu vista y oído son excelentes órganos de observación. Pequeño eres; más pequeño, casi imperceptible serás cuando me sirvas en calidad de corchete, confidente y mensajero.»

Respondíle que desempeñaría con orgullo cuantas encomiendas quisiera encargarme, y cada palabra que salía de mis labios achicaba, á mi parecer, mi ya corta estatura. O yo padecía una horrenda perturbación de mis sentidos, ó era del tamaño de un gatito en la edad juguetera. Mordía yo suavemente un dedo de la *Madre Mariana* para demostrarle mi cariño, y con sus dedos me abrazaba ella y jugaba con mi cuerpecillo blando y dúctil.

El tren descendía rápidamente. Amaneció... Oí el clamor ferroviario que nos dijo: *Escorial, cinco minutos*. Vino luego *Villalba*; siguió *Torrelodones*... Ya día claro, *doña Mariana* llamó á las mujeres durmientes, incitándolas á prepararse para la llegada. Pero

ellas continuaban como piedras en el apretado envoltorio de sus mantas y mantones. La señora, puesta en pie, se cubrió de un luengo balandrán; cogíome con viva manotada, y doblándome sobre mí mismo me guardó en un hondo bolsillo de aquella prenda lujosa.

Desde mi cárcel holgona y forrada de seda olorosa, oí la voz de la que bien puedo llamar mi ama, despertando á las mujeres. Estas gruñían desmerezándose... Con el canto de *Pozuelo, dos minutos*, se confundía el ajetreo de las tres féminas requiriendo sus maletas y cinchando con correas sus envoltorios de viaje. En tanto, yo me desmerezaba y sacudía en mi cárcel sedosa. Nada veía; pero al tacto pude apreciar que no estaba solo y que otros seres blandos y menudos iban conmigo en la prisión... Total, que llegamos á Madrid. Claramente percibí la salida del tren, el paso por la estación, la entrada en un coche y... ya no más, ya no más. Mis sensaciones se perdieron en un sopor delicioso y rosado, tirando á violeta... No sé cómo expresarlo.

Al llegar á este punto, el más delicado, el más desaprensivo de esta historia, me detengo á implorar la indulgencia de mis lectores, rogándoles que no separen lo verídico de lo increíble, y antes bien lo junten y amalgamen; que al fin, con el arte de tal mixtura, llegarán á ver claramente la estricta verdad. A riesgo de que no me crean, les digo que me encontraba en la plena conciencia de mi yo espiritual y físico; yo era yo mismo en mi

sér inmanente; gozaba, la serena vida fisiológica, la vida pensante y erudita, pues todo lo que supe sabía, y mi memoria se armonizaba con mi entendimiento; yo estaba bien comido y perfectamente apañado de todas mis necesidades y estímulos; yo bebía y fumaba; yo iba por las calles saboreando la inefable dicha de que nadie me viera ni en mi diminuta persona reparara; yo disfrutaba el placer de verlo todo sin ser visto, y de ejercitar el don de la crítica, el don de la burla, más precioso aún, sin que nadie por ello me molestase; yo podía reirme á mansalva de todo sér viviente, del Rey para abajo, y no encontraba freno ni obstáculo á mi observación fisgona; ante mí no había puerta cerrada ni pared que me cortaran el paso; me congraciaba de mi suerte diciéndome: «Por San Tito mi patrón y por Santa Clío mi madre, que es linda cosa el oficio de duende.»

En calidad y funciones de tal, avanzaba yo una tarde por la Plaza de Oriente, y después de rodearla toda contemplando el caballo de bronce, me metí en Palacio por la puerta del Príncipe. En el largo zaguán, desde la puerta al patio, me encontré de manos á boca con mi amigo Quintín González, imponente y colosal portero, vestido de casacón colorado, con los aditamentos solemnisimos de tricornio y cachiporra. Ante él me planté puesto en jarras y le felicité por su hermosura monumental. Con gran sorpresa mía, Quintín permaneció impassible y tieso, sin

contestarme ni fijar en mí sus miradas. En aquel momento me hice cargo por primera vez de que yo era invisible ó poco menos, y sin solicitar de nuevo la comunicación amistosa con el amigo, acordéme de su mujer y de mi amoroso enredo con ella en días lejanos, allá por los fines del 70 y principios del 71.

Entráronme vivas ganas de ver á Nieves, y con resuelto paso me lancé á las alturas por la escalera de Cáceres. Recorrí alegremente todo el piso segundo, todo el tercero, rememorando alegres días. No encontré á la esposa de Quintín en la habitación donde antes moraba; tampoco encontré á mi pariente don José Folgueras, empleado en la Intendencia... Metíme en diferentes casas cuyos inquilinos desconocía, y en una de ellas se me apareció la frescachona Nieves, así llamada irónicamente, pues era su persona el trasunto de los ardores caniculares. Había mejorado considerablemente de posición y jerarquía, que bien lo declaraban su compostura y traje, así como el adorno de la sala. En ésta la vi sentadita frente á un alabarero, el cual, inclinado con abandono, le acariciaba las manos pronunciando las palabrejas galantes que inician una campaña de amor...

Yo me reía y observaba. Brincando pasé entre las piernas de uno y otro sin que ellos se percataran de mi presencia. Salté á una silla; de ésta me encaramé en la cómoda; me entretuve mirando retratos colocados en

esterillas, y entre ellos vi el mío, que á Nieves regalé dos años antes. La estancia revelaba un progreso enorme en el bienestar del matrimonio Quintín-Nieves. Esta no era ya planchadora de la *Real Casa*; debía de ser azafata, moza de retrete ó no sé qué... De un brinco volví al suelo. El alabardero, echando hacia atrás los vuelos de su capa blanca, se aproximaba tanto á Nieves que su larga perilla rozó los labios de ella. En uno y otro, la alegría del alma mostrábase con el reir gozoso y voluble. De pronto Nieves cogió del sofá el tricornio de su adorador y se lo puso. Con rápido andar corrió á mirarse en el espejo. Tras ella fué el galán, y abrazándola por la cintura, ambos contemplaron sus rostros risueños en el espacio reproducido por el cristal. Yo me dije: «Vaya, vaya; ni aun en mi condición de invisible me resigno á presenciar la felicidad ajena, con mi gorro bien calado y mi velita en la mano. Abur,avecillas en celo; divertíos todo lo que podáis.»

Salí de estampía y conmigo salió el gato de la casa, que por efecto de la picante escena iba en busca de lo suyo. El ligero paso del morrongo guió los pasos míos y tras él seguí escaleras abajo, no sé si por la de Cáceres ó por otra de las muchas que allí hay. Ya era de noche y el gas alumbraba todos los pasajes, conductos y rincones del inmenso caserón Real. No puedo dar idea del sinnúmero de peldaños que descendí. En un rellano encontré á mi gato, con otros indivi-

duos de su especie, maullando y haciendo la carretilla. Su lenguaje no era para mí totalmente ignorado. También ellos y ellas jugaban, se perseguían y se enzarzaban en enredos amorosos... Descendiendo más, el olfato y el ruido de voces hondas me anunció las cocinas.

En ellas penetré, y vi la caterva de cocineros y marmitones que aderezaban la real comida. Era también la hora de servirla, y en el ancho recinto abovedado vi movimiento y barullo que me dejaron suspenso. Daba el jefe voces de mando, como general en el momento crítico de una batalla. Los hombres de blanco gorro hacinaban en las fuentes con ágiles dedos las piezas de carne, legumbres y pescado, con el adorno de mil porquerías comestibles. Otros armaban los castilletes de repostería y postres de cocina. Todo el comistraje iba pasando al pie del ascensor, por donde las copiosas bandejas subían al piso principal, como en los buques de guerra suben los proyectiles desde la bodega hasta la batería donde están emplazados los cañones.

Recorrí todo el antro, y movido de mi curiosidad intensa me metí en un grupo de marmitones, que arreglaban las fuentes cando de todo por arte ó glotonería. Algunos de ellos comentaban con burletas el extraño gusto de don Amadeo. No comía más que carne guisada simplemente, que los italianos llaman *lesso*, y patatas cocidas. Uno que parecía italiano aseguró que lo mismo comía Víctor Manuel. El postre de nuestro

Soberano eran guindas en aguardiente que le mandaban de Turin, aderezadas con pimienta en grado tan fuerte que cuantos lo probaban aquí escupían los hígados.

La vista del monta-cargas me atraía. Reconocida ya la oficina culinaria, me lancé á él escabulléndome entre rimeros de chuletas y montañas de hojaldre. Subí... Encontréme en una habitación donde estaba la estufa en que se colocan las fuentes para conservar el calor. Allí, los mozos, á la voz de un maestresala llevaban los manjares al comedor llamado *de diario*. Con rápido paso en el comedor me colé. Vi al Rey y á la Reina en las respectivas cabeceras. Vi damas, gentiles hombres, militares de la guardia, ayudantes del Rey, y oí la festiva charla trilingüe, pues sobre el castellano, á lo largo de la mesa, flotaban frases y conceptos italianos y franceses. Exploré con alegría juguetera la hermosa estancia; contemplé las pinturas del techo, los espejos, cuadros y tapicerías que ornaban las paredes, las suntuosas mesas, relojes y candelabros... Ni encogido ni perezoso, creyendo que vistas las alturas y los medios debía investigar también lo rastrero, me metí debajo de la mesa, y la recorrí holgadamente de punta á punta por la calle que dejaban libre los pies de las dos filas de comensales.

Allí me entretuve observando los bien calzados piececitos de las señoras, las caladas medias y los bajos finísimos guarnecidos de encajes. Por otro lado vi botas con espuelas,

conteras de sables, pantalones galonados... Hasta mí llegaba, repercutido por la madera que allí era mi techo, el sonido de la conversación ceremoniosa. La mesa era para mí una caja armónica que me transmitía las inflexiones más leves de la voz humana. La Reina hablaba un castellano gramatical, premioso, aprendido por principios. Los entorpecimientos de su palabra revelaban el temor á equivocarse. Don Amadeo hablaba torpemente, como quien todo lo aprendía de oídas y sin estudio. Al fin de la comida me regocijó la escena en que el Rey, con galantería maleante, quería obsequiar á señoras y caballeros con las famosas guindas de Turin. Todos declinaban riendo el honor de probarlas. Una dama, cuyo nombre ignoro, dijo que una vez que cató las guindas se le abrasó la boca y estuvo enferma de estomatitis. Un caballero, ayudante del Rey, alabó á éste por tener su boca indemne contra el fuego. La risa terminó con libaciones discretas de jerez y *champagne*. Todos bebieron menos el Rey que no cataba el vino.

Terminada la comida, desfilaron. Yo salí de los últimos, y pude ver á los camareros bebiéndose lo que quedaba en algunas copas. Como esto no me interesaba, corrí tras de las reales personas, y de estancia en estancia llegamos á una que llamaban (después lo supe) *Despacho del Rey*. La Reina con las Condesas de Almina y de Constantina formó corrillo en el testero principal, junto á la chimenea entonces apagada. Sobre ésta lucía un retrato

de María Luisa, por Goya, maravilla de la pintura. Embelesado estuve un rato mirando la figura genuinamente borbónica de aquella Reina frescachona, de boca hundida y ojos de fuego. El pintor, atento á destacar lo más hermoso del modelo, se había esmerado en reproducir su brazo incomparable.

Retozando sobre la blanda alfombra de Santa Bárbara, me enteraba yo de cosas y personas. La tertulia de Sus Majestades después de comer no era muy lucida. Ningún personaje de importancia, ningún prócer de primera fila, vi entre los asistentes á la Real sobremesa. Toda la concurrencia era puramente palatina y del Cuarto Militar. Habló la Reina del Convenio de Amorevieta, que estimaba beneficioso... por el momento... Díaz Moreu le dió detallada explicación de las bases de aquel arreglo; elogió con ardor al Duque de la Torre, hombre de altas miras. Según dijo, el Convenio sería discutido en las Cortes y tendría la aprobación de todos los elementos dinásticos. Esperaba que de esta discusión saldría el Gobierno con mayor fuerza. Hablaron después de Ruiz Zorrilla, lamentando su alejamiento de la vida pública, en su retiro de Tablada. Doña María Victoria expresó tímidamente sus dudas de la eficacia del Convenio de Amorevieta. ¿Quién podía responder de que los carlistas, rehenos más allá de la frontera, no volverían con mayor furia á encender la guerra civil? Contra su terquedad nada valdría la razón, nada el interés de la Patria. Extremando su

galantería, Díaz Moreu no se atrevió á disipar en absoluto las dudas de la Reina y casi las confirmó diciendo: «Tal vez, Señora, Vuestra Majestad discurre siempre con admirable previsión. El carlismo es de calidad muy dura, irreductible... Con esa gente no hay día seguro.»

Por lo que después oí de labios de doña María Victoria, comprendí que esta señora se cuidaba de los asuntos públicos y en ellos ponía toda su atención. En su grande ánimo prevalecían la idea y propósito de consolidar en España la dinastía de Saboya. Manteniendo su propia persona en cierta obscuridad modesta, enderezaba su voluntad firmísima hacia el porvenir de sus hijos en tierra hispana... Hecha esta observación pasé á figonear en el grupo que al otro lado de la estancia formaba el Rey con los amigos de su mayor intimidad. Allá me fui ligero, resbaladizo, invisible. Lo que oí agazapadito debajo de la silla en que don Amadeo se sentaba, merece capítulo aparte.

XX

Lo primero que le cuento al lector amable y antojadizo es que nuestro buen Rey saboyano desdeñaba los riquísimos tabacos habanos de regalía, de que había grande acopio en la Casa Real. El mismo desaire que sus amigos hicieron á las abrasadoras guindas